

ALFAGUARA



Luis Mateo Díez

Camino de perdición



Luis Mateo Díez

Camino de perdición



© 1995, Luis Mateo Díez
© De esta edición: 1995, Santillana, S. A.

ISBN: 84-204-8168-8
Depósito legal: M. 15.736-1995
Diseño:
Proyecto de Enric Satué
© Cubierta;
En el centro de Europa, Eduardo Úrculo.
Tratamiento de imagen de Jesús Sanz.

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 1995
SEGUNDA EDICIÓN: MAYO 1995



Para José María Muñoz García
y José Luis Suárez Menéndez



«Las esquinas todavía por
doblar del destino de un hombre»
W. Faulkner. *Sartoris*

1. BITÁCORA DE LA CAMPIÑA

DESTELLOS

Era un diamante sucio. El destello surgía al pie del agua, cerca de la corriente que parecía una coraza líquida que alguien hubiese abandonado.

Sebastián Odollo tuvo la percepción de una señal que rayaba su mirada, que le hacía parpadear molesto, incapaz todavía de dirimir si se trataba de un residuo del sueño o de la lumbre primitiva de la mañana.

El destello contenía un verdor ceniciento que contrastaba con el plateado fulgor de la coraza inmóvil. Delimitaba la orilla de las aguas: la aspereza de los guijarros sobre los que descansaba la mano tendida de Sebastián, de esa franja reducida de arena que orientaba la línea del río.

Supo que era una señal que marcaba la inquietud de todo lo que había sucedido, de todo lo que venía sucediendo, en las jornadas aciagas de la ruta porque, al primer atisbo de consciencia, el destello se concretó en la llamada alarmante del faro que, desde tierra firme, avisa de la situación para auspiciar el rescate.

Sebastián Odollo intentaba orientarse y sentía, aún difusa, la necesidad de que alguien le echara una mano.

Iba a hacer un esfuerzo para incorporarse pero no le era posible. La sensación de que su cuerpo caído pesaba como plomo se compaginaba en un instante con la impresión de que todos sus miembros estaban vacíos y el viento podría arrastrarlo.

El diamante tenía muy afiladas las aristas y los diminutos destellos que crecían alrededor, cada vez más numero-

sos, se diseminaban propiciados por un bosquecillo de esquivas, y contribuían a que Sebastián parpadeara cada vez con mayor molestia.

Logró que su mano tendida avanzase sobre los guijarros. Con la aspereza también percibía la frialdad que habrían acumulado en el relente de la noche, en la humedad de la madrugada, y que el sol apenas tibio ni siquiera suavizaba.

En la memoria de Sebastián Odollo no emergía nada concreto más allá de la vaga sensación de inquietud que llenaba su confuso pensamiento, con la señal del faro imponiendo su advertencia y el derrotero de las jornadas de la ruta indicando sin detalle un camino que, de momento, no podía recordar ni presumir: el camino de una huida o de una búsqueda o de una pérdida.

Cuando la yema de su dedo índice rozó la arista del diamante y sintió, a la vez, el dolor de la herida en el corte limpio y el calor de la sangre que fluía con suavidad, supo que no era un diamante, que era un cristal roto esparcido con sus peligrosos fragmentos sobre un charco pegajoso.

Entonces Sebastián recordó la botella y el licor y el peso de la resaca se concentró como un golpe violento en su cabeza y una arcada seca le hizo estremecerse, contrayendo el estómago vacío con un lacerante reflejo muscular que parecía romperlo.

Sabía que regresaba de un más allá adonde debía haberlo conducido la ponzoña de aquel licor. La amenaza del alcohol metílico le hizo alzar la cabeza en el recuerdo, intentando girar hacia atrás el cuello casi imposibilitado por el dolor de la resaca, en una desesperada búsqueda de otra claridad, de otra certeza distinta a la de los destellos.

La ceguera resultaba el aviso más leve y más inmediato y Sebastián recordó, sobre el filo de la noche, cuando ya la botella estaba más que mediada, que ese aviso, esa advertencia, le causaba más desesperación que el riesgo acumu-

lado de la muerte, que aguardaría probablemente al final, entre los posos turbios.

La claridad era cierta. Sobre la coraza inmóvil del agua, sobre su fulgor lechoso, se derramaba una luz primaveral y en el cielo se iban diluyendo las calinas del amanecer que desvelaban el reflejo azulado.

Poco a poco vislumbró también la otra orilla. La brisa limpiaba sus ojos y, aunque todavía no lograba moverse, supo que la amenaza no se había cumplido porque, sobre la distancia lechosa del agua, los álamos mecían sus crestas paralelas y, tras ellos, se adivinaba el humo sucio de una chimenea, que ascendía con lentitud.

Quería ceder de nuevo al reclamo del sueño. Lo más razonable, después de todos aquellos avatares de la ruta que certificaban su perdición, era recobrar, a ser posible para siempre, esa otra parcela de la vida que es el sueño, donde somos más libres y más inocentes.

La sangre seguía fluyendo en la yema de su dedo índice y cuando se lo llevó a la boca sintió que sabía a licor café.

EL FAVOR

En la mano sedosa de don Birlo el anillo era un insecto morado que revoloteaba sin pausa sobre la mesa de su despacho.

A Sebastián le daba aprensión aquel insecto prendido al dedo que iba y venía en un vuelo tenaz y que, a veces, cruzaba peligrosamente cerca de sus ojos.

El despacho de don Birlo no superaba el tamaño de una garita que era un apósito de la oficina de administración, donde la mesa y las dos sillas enfrentadas apenas dejaban espacio para entrar y salir. La garita acristalada permi-

tía controlar una parte importante del almacén, la que surcaban los largos mostradores.

—Es un favor que te pido, Odollo —decía don Birlo repasando el listín de clientes mientras el insecto correteaba por la mesa—. Un favor que sólo me atrevería a pedir a alguien de confianza.

Sebastián observaba impaciente el desastrado listín y esquivaba el morado y diminuto caparazón que cabalgaba en el dedo con un vértigo que le ponía nervioso.

—Es una faena, don Birlo —reconoció molesto—. Yo ya me había hecho a la idea de la ruta que me corresponde. Después de tanto rodar por las de Secano y Ribera ya me apetece la de Alivio, me la tengo bien ganada.

—Vamos, Odollo, que la Campiña no es de alivio pero se le parece —porfiaba don Birlo—. Y si quieres la completas con el litoral, haces la circunvalación entera y pillas después una semana de asueto.

El insecto se había detenido y cabeceaba al borde de la mesa.

—Y de lo otro... —se lamentó Sebastián—. Ya puede usted figurarse qué plato de gusto, siendo como soy amigo de Curto y sabiendo que en estas historias lo mejor es llamarse andana...

Don Birlo había cerrado la puerta de la garita con el pie y ahora bajaba la voz.

—Precisamente por eso, Odollo, porque sois amigos y porque hay confianza. Si los gastos de Emilio no están claros porque, como ya te conté hace tiempo, es fácil sospechar que trabuca las justificaciones, hay que verificarlo pero con discreción antes de tomar cualquier medida.

—No es nada grato andar metiendo las narices donde no te llaman —dijo Sebastián— y, desde luego, lo último que se me ocurriría es ir a fiscalizar a nadie.

El insecto volvía a elevar vuelo y Sebastián lo vio cruzar receloso ante sus ojos.

—No nos engañemos, por Dios —afirmó don Birlo—. Ni vas a fiscalizar a nadie ni a nada que se le parezca, vas a comprobar lo que pasa con ánimo de que podamos llamar al orden a Emilio, a ser posible antes de que esto trascienda, de que se entere doña Marita. A ver si podemos echar tierra al asunto y olvidarnos de una vez.

Sebastián comenzó a pensar que no tenía alternativa.

Cuando don Birlo lo llamó ya había sospechado que se trataba de alguna ingrata encomienda. El cambio de ruta trastornaba sus planes y el regreso a la de la Campiña, pocas semanas después, lo llenaba de zozobra. Por el tránsito del noroeste las plazas eran complejas y el destino acarrea la memoria de muchas cosas que prefería olvidar o, al menos, rehuir.

—Curto tenía que haber vuelto hace una semana —dijo don Birlo, que acababa de hacer lo que Sebastián más aborrecía: acercarse el insecto a la boca y echarle el aliento—. Anda por Balbar o por Sandela y está perdiendo el tiempo o no me lo explico, la zona debe tenerla castigada... Si todavía lo coges por allí, que espero que no, lo echas para casa. Lleva género de temporada y teóricamente está reponiendo pero ya hay poco que rascar, este año el invierno boquea cuando debe.

Sebastián hizo intención de levantarse. Don Birlo acariciaba el insecto en la solapa de la chaqueta.

—El muestrario de primavera-verano no está completo —informó— pero ya hay prendas y género suficientes, que te lo preparen las chicas...

Tras la cristalera la imagen sumergida del almacén parecía fraccionarse en infinitas cuadrículas que llenaban las paredes del suelo al techo, conformando una precisa geometría que aliviaba la excesiva mercancía allí acumulada, y contribuía a recrear el orden perfecto de la colmena.

—Vete por el buen camino... —era la recomendación con que don Birlo solía despedir a sus viajantes, tras entre-

garles el listín de clientes y el libro de duplicados donde debían tomar nota de los pedidos.

Sebastián Odollo sonrió resignado al escuchárselo una vez más y, como siempre, su mano se detuvo un instante, indecisa de estrechar aquella que traía prendido el insecto.

LA COLETA

—Yo lo siento —le decía Pablo Llantas en la barra del Solares, que mostraba el vacío de la media mañana—. Lo que menos podía pensar es que me cayera la de Alivio ahora que me corto la coleta.

Sebastián removía el café después de haber vertido el azúcar.

—Soy el único que debe sentirlo, Llantas —reconocía pesaroso—, porque, a fin de cuentas, me lo tengo merecido. Cuando se va por la vida, como yo voy, de eterno liado, lo propio es que te enreden en cualquier esquina. Don Birlo me pone en el disparadero con la dichosa confianza y, ya se sabe, a bailar con la más fea...

Pablo Llantas sujetaba la taza de café en la mano temblorosa y constataba el desequilibrio de su pulso.

—Hasta aquí hemos llegado, Sebas —indicaba apesadumbrado mientras la taza bailaba descontrolada para alcanzar con dificultades los labios—. Esto no es parkinson ni se cura con pastillas. Todas las rutas de mi vida, y lo que conllevan, suman veintitrés años y muchos miles de kilómetros.

—Haces bien en cortártela —aseguraba Sebastián viendo cómo la mano de Pablo Llantas depositaba agitada la taza vacía en la barra y se acercaba a la copa de Coñac—. Si yo pudiera...

El pulso recuperaba una extraña firmeza cuando Pablo Llantas se apoderaba codicioso de la copa.

—Don Birlo me ofrece volver al almacén y dejar la ruta pero no te creas que lo hace exclusivamente, como él dice, por mi bien. Genaro se le jubila y yo voy a salirle más barato. Aparte de que conmigo la confianza la tiene muy mermada, ni subo los clientes ni incremento los pedidos, estoy demasiado visto por esos andurriales y tengo la moral floja.

—Vistos y cansados estamos todos —dijo Sebastián—. Berto y Linares han hecho la temporada de invierno a la baja, yo con el incremento reducido y Curto, además de las complicaciones, anda extraviado por la Campiña, tenía que haber vuelto hace una semana.

—La temporada —opinó Pablo Llantas, que en dos imperturbables acometidas había vaciado la copa—, es de las peores porque el invierno empezó tarde y se quedó corto, pero eso a don Birlo no lo pone nervioso, el género se guarda para mejor momento.

Volvía a constatar el temblor de su mano que reposaba inquieta sobre el mármol de la barra.

—Me la corto, Sebas —dijo convencido, asintiendo con la cabeza para reafirmar su decisión—. Me corto la coleta y dejo esto —señaló con el índice la copa—, y le hago caso de una puñetera vez a Olina y me olvido de todos los líos que tengo por ahí esparcidos.

—Yo haría lo mismo.

—Tú todavía eres joven pero yo ya no tengo años para seguir rodando por el Secano y la Ribera y la Campiña y el Litoral, tirado por las rutas como un perro abandonado. Me quito de todo lo que me está matando, Sebas, que es lo que ella quiere, y me voy a cuidar y a dejar que me cuiden.

Sebastián sonrió compasivo dándole una palmada con la sensación de que también se la daba a sí mismo. Las mismas palabras regresaban a su memoria con la insistencia de tantas situaciones parecidas, en la misma barra o en los infinitos lugares compartidos por las jornadas de la ruta.

—Hago la de Alivio —decía Pablo Llantas— y se acabó lo que se daba. Voy a mudar de vida, Sebas, a mudar para

vivir tranquilo lo que me quede. Se lo debo a Olina, como hay Dios que se lo debo. Me recojo.

La copa de coñac volvía a estar llena. Tras la barra la sombra blanca del camarero apenas rompía la soledad, del local.

—¿Qué puedo hacer con Curto? —preguntó Sebastián.

Pablo Llantas lo miró absorto y tardó en decir algo.

—Habla con él, llámalo al orden, ponle las cosas peor de lo que están. Emilio nunca me cayó bien ni yo a él tampoco pero si hay que echarle una mano me lo dices; es posible que el dinero, sea el que sea, tenga que reponerlo, eso en el mejor de los casos, si don Birlo consigue que no se entere doña Marita.

—¿Pero qué pinto yo en esto, Llantas, con qué cara me lo echo encima?

—Le vas a hacer un favor, a él y a don Birlo, por supuesto. Este hombre tiene menos carácter del que aparenta, ya lo sabemos, y no es capaz de afrontar directamente el asunto. Pero Emilio está pringado en las cuentas, en las justificaciones, y no es el primer tropiezo que se le conoce porque de algunos anteriores, como recuerdas, nos resentimos todos. ¿De dónde surgió la necesidad de un aval para los muestrarios? Perder siempre se puede perder género, pero tanta mala suerte y tanta reincidencia...

La mano de Pablo Llantas regresaba codiciosa y segura a coger la copa.

—Si lleva unas semanas sin aparecer —dijo— a lo mejor es que anda receloso y se esconde o que no piensa volver. Nunca me gustó Emilio Curto.

Sebastián recordó la nariz de Curto, aquel apéndice extremadamente afilado que daba a su rostro una vivacidad de pájaro extraño. Sus ojos saltones parecían incapaces de unificar la mirada, escindidos sin paliativos.

—Me viene fatal la de la Campiña —confesó quejoso—. Tiene uno tantos compromisos y componendas por esas

plazas. Me hacían falta unos meses lo más lejos posible, por el Secano y la Ribera ya que la de Alivio no puede ser.

—Yo ya te digo que lo siento, para cortarme la coleta me daba lo mismo acabar en una u otra.

Sebastián observó la mano de Pablo Llantas depositando segura la copa vacía y enseguida el temblor que la dominaba cuando aún no la había retirado de la barra.

—Podemos vernos en Bituana —propuso—. Si para el quince o el dieciséis estás allí y yo ando por Barreno, subo una noche y lo celebramos.

—No es mala idea —reconoció Sebastián.

—Luego vamos a tener pocas ocasiones, muy pocas. La vida para mí ya no va a ser la misma, te lo juro. Lo tengo completamente decidido: voy a recogerme.

LAXITUD

La conciencia del sueño era difusa y el recuerdo de las imágenes que lo nutrían se extinguía pronto, pero después quedaba un regusto de ansiedad y amargura del que tardaba en liberarse.

No le resultaba fácil reaccionar, adelantarse a la llamada del despertador, saltar de la cama y romper esa pasividad enfermiza que lo dejaba indefenso.

Cerró los ojos y escuchó el rumor sosegado del viento en la Campiña.

Volvió a abrirlos y fue detectando los muebles que se acumulaban en su habitación, que la invadían como un absurdo asedio dispuesto por su hermana sin consultarlo.

La luz temprana tamizaba aquellas presencias extrañas: la cómoda, el destartelado bargueño, el perchero, la alacena...

El viento lo mecía sobre el laberinto monocorde de la carretera, acariciaba el reposo de aquellos kilómetros que